

## EL SOBRINO

Por Marié Rojas Tamayo

Y en las paredes había sombras, aun donde no había cuerpos, y aquí y allá había espejos que no reflejaban ninguna imagen.

*Crónicas Marcianas*

*Ray Bradbury*

Cuando nos enteramos de que el viejo Matías había sido encontrado muerto en su cuarto, todos nos dolimos. En la ciudadela somos pobres, pero solidarios con el dolor ajeno; en este caso, si no lo llorábamos nosotros, ¿quién lo haría?

Me vino a la mente aquel verso de “Dios mío, qué solos se quedan los muertos”, porque éste era el difunto más solo del universo, ni un hijo, ni una esposa, ni un hermano, ni un antiguo conocido, nadie que viniera a darle un entierro decente.

Estábamos mi comadre Lola y yo aseando un poco el cuerpo, para que cuando vinieran a llevárselo no estuviera lleno de inmundicias, cuando por la puerta abierta hizo entrada un joven con un sobretodo azul.

Nos dijo que era su sobrino, se acercó al cadáver y lo inspeccionó con una rápida ojeada. Nos agradeció por cerrarle los ojos. Después fue directo para la cocina, buscó un cuchillo grande y comenzó a levantar una losa debajo de la cama. Del agujero extrajo una lata oxidada, de la cual sacó un fajo de arrugados billetes de baja denominación.

- Con esto nos da para hacerle un funeral humilde, pero decoroso – dijo tendiéndonos el dinero.

¿Cómo el viejo no nos había hablado jamás de este pariente? Dio las carreras con nosotros, medicina legal, funeraria, floristería, hasta compró té para brindar a los habitantes de la ciudadela, que nos reunimos para acompañar a Matías a su última morada.

Al regreso me entretuve conversando con la comadre Lola. “¡Qué clase de muchacho!”, me dijo, “Si no fuera por esa joroba que intenta ocultar debajo del sobretodo, sería perfecto, ¿te fijaste qué ojos, qué sonrisa?”

Entonces fue que me percaté que el sobrino se nos había quedado atrás, ¡qué falta de educación la nuestra! Era nuestro deber pedirle que nos acompañara. Hasta que encontrara alojamiento en la ciudad o decidiera partir, le adecentaríamos un poco el cuarto del difunto.

Le hice una seña a mi comadre y corrí de regreso a la tumba; justo a tiempo para verlo quitarse el sobretodo, desplegar las alas que creímos giba y elevarse, más allá de las copas de los árboles, rumbo a la nueva casa de Matías.

**Autora: Marié Rojas Tamayo; Ciudad Habana, Cuba.**

**Hyperespacio Andrómeda**

[www.libroandromeda.com](http://www.libroandromeda.com)

-----  
La autora ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en Internet:

-----  
**Reconocimiento – Sin obra derivada – No comercial:** El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.